

## *Don Agustín Millares Carlo: evocación de la persona*

JOSÉ PASCUAL BUXÓ

Un haz luminoso —amarillos, azules y rojos matizados— añadía brillo y color al rostro perlado de nuestro apacible profesor de latín. No era la hora más propicia: las tres en punto de una de aquellas tardes veraniegas del Valle de México; el lugar, ciertamente insólito: una amplia sala porfiriana de hermosos ventanales emplomados convertida —por urgencias del exilio— en salón de clase. “Proca rex Albanorum duos filios Numitorem et Amulium habuit. . .”, leía con reposo la voz insinuante y melancólica del profesor. —“¿Está claro?”, preguntaba y nadie respondía. Nuestros ojos no repasaban la hoja latina, ni mucho menos se fijaban en los párpados apesadumbrados de nuestro profesor. Mientras él leía, mirábamos absortos los movimientos incomprensibles de sus labios, pero en cuanto él levantaba la vista hacia nosotros, nuestras miradas se esparcían como pajarillos azorados que no encuentran escape entre los barrotes de la jaula. —“¿No está claro. . .?”, repetía, ahora con entonación teatralmente desolada. Claro que no estaba claro y el desalentado profesor tomaba una vez más el enorme pañuelo que se desbordaba del bolsillo pectoral de su anticuada americana y lo frotaba sin piedad en mejillas y cuello, como si deseara —no tanto limpiarse las gotas amarillas y azules y rojas que emperlaban su rostro, sino zafarse de un íncubo vespéral, de una de aquellas pesadillas de la siesta en que se mezclan empecinadamente las perturbadoras imágenes del ensueño y la inerme conciencia del soñador. Al cabo, el profesor parecía resignarse con nuestras astucias y nos miraba un buen rato sin mirarnos, los blandos ojos castaños perdidos en una interior lejanía ¿Qué miraría entonces don Agustín? ¿Cuál sería el tema de su visión instantánea? “A ver. . .” y tomaba a decir: “Procas, rey de los albanos, tuvo dos hijos.

. .” Ante nuestras estúpidas miradas, perdía la paciencia —o hacía más bien como que la perdía— y nos lanzaba una amenaza intolerable: “Para la próxima clase, todo el mundo ha de saberse la segunda declinación. . . que es la más fácil de todas”.

Años después, algunos de aquellos alumnos que pasamos por sus clases como encantados, pudimos saber bien a bien quién era don Agustín Millares Carlo: una de los intelectuales más sólidos del exilio español en México. No es éste el lugar oportuno para las biografías ni las bibliografías, pues entre los presentes a este homenaje no habrá quien no recuerde la variada e infatigable producción de este polígrafo canario. Suele citársele en los diccionarios como el mayor experto en paleografía, diplomática y latín medieval y como un fidelísimo y elegante traductor de los clásicos, Cicerón, Livio y Salustio entre los principales. Su labor como bibliógrafo fue también incansable, yo diría que monumental; a él se debió la creación y sostenimiento de la sección bibliográfica de la *Revista de Historia de América*. Feliz historiador del libro y las bibliotecas, como quien dice, de sus casas y sus bártulos. Editor, anotador y comentarista de los clásicos nuestros: Cervantes, Lope de Vega y Ruiz de Alarcón y, en un lugar muy especial, de los tratados indigenistas de Bartolomé de las Casas. Ya cerca del final de sus días, desentrañó la riqueza de los archivos venezolanos del período colonial y los primeros años de la independencia, hasta entonces poco menos que ignorados.

Pero yo no deseo presentar aquí una ficha biobibliográfica de don Agustín, cosa que ya han hecho otros con mayor dedicación y espacio, sino sólo evocar su persona en algunas circunstancias que me permitieron estar cerca de él.

Por aquellos mismos años de sus caniculares clases de latín en el Instituto Luis Vives, y ya comenzando a despertarse en mí el gusto por la literatura, solía ir a las librerías de viejo de la Avenida Hidalgo para sumergirme en el laberinto inescrutable de aquellas accesorias milagrosas. Allí había de todo, desde El Caballero Audaz hasta Cervantes, Dostojevsky y Galdós, pasando por el teatro de Maeterlink y de Casona —que siempre le pisaba los talones— y los fascículos de aventuras de Bill Barnes y Doc Savage. Ya yo me sentía más atraído por los versos que por las prosas: me entusiasmaban Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, y hasta me incitaban alguna vez al inocente plagio. Pero entre el polvo incierto de algún estante, cogí al azar un tomo en cuarto especialmente atractivo, encuadernado en chagrín azul marino e impreso en papel satinado; era *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, volumen tercero de la colección “Laberinto” de la Editorial Séneca, impreso en México en 1941, cuidado por José Bergamín y Emilio Prados, “con las notas originales y las seleccionadas de los comentaristas más autorizados” por el profesor Agustín Millares Carlo. Por supuesto, en algunas clases del Colegio Madrid o el Instituto Luis Vives algún bienintencionado profesor nos

había hablado del Quijote; digo bien, “hablado”, pero no ciertamente leído, por más que ninguno de nosotros —esos jovencuelos españoles que iniciaban su vida consciente en el México del general Lázaro Cárdenas— ignorara quien era el Caballero de la Triste Figura ni su esencial semejanza con aquellos españoles —padres nuestros— que también habían combatido animosa e inútilmente contra la España negra. El libro llevaba una visible dedicatoria que decía:

El Señor Presidente de la República de México  
D. Manuel Avila Camacho  
ha patrocinado esta nueva edición del  
QUIJOTE.  
Editorial Séneca le dedica su publicación  
Como RECUERDO y HOMENAJE de  
gratitud española

Fue lo primero que me movió de ese libro: aquellos refugiados españoles, apenas dos años después de su derrota, ya estaban restituyendo el sentido de sus vidas en el exilio por medio del trabajo particular de cada uno de ellos en un país que les ofrecía solar y esperanza. Me sentí orgulloso de mi condición de exiliado y preví entonces lo que sería mi futuro —mi presente— mexicano. Lo segundo, que aquel fatigado profesor de latín quien pocos años antes había intentado persuadirnos del beneficio que nos traería el conocimiento de la lengua del Lacio, no era un maestro desencantado y perezoso, sino un intelectual esperanzado que quizá como el mismo don Quijote en la Sierra Morena— se disponía a cumplir en el exilio de su amada patria las hazañas que le permitirían “ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra”.

También los más jóvenes pudimos probar alguna vez ese sentimiento de soledad y lejanía que aquejaba a nuestros padres. De mí sé decir que, llevando bajo el brazo el Cervantes de Millares, me iba a deshoras a la Alameda de Santa María y leía ahí un buen rato algunas de sus páginas, entre suspiros reales e inducidos, mirando de tanto en tanto una secreta ventana que celaba el rostro nunca visto de Dulcinea.

Fue en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM —donde don Agustín dirigía el Seminario de Lenguas Clásica— cuando pude verlo otra vez. Me saludó con muestras de aprecio, quizá olvidando piadosamente que yo nunca me conté entre sus mejores alumnos, pero quizá recordando también que —vencida mi timidez— me atreví a decirle una tarde: —“Maestro, ¿no le parece a usted que ese Numitor y ese Amulio, hijos del rey de los albanos, repiten la historia de Caín y de Abel?” —“¿y tú conoces esa historia?”, replicó. —“No, Maestro, pero la cuenta mi padre y dice que en España la lucha fratricida ha continuado hasta nuestros días”. Contestó: —“Bueno, bueno. . . “y

entró entonces en un comprometido silencio que duró tan solo el corto lapso de una evocación fragmentaria: “¿Nacerán, acaso, de otra Rea los Rómulos y Remos que devuelvan la justicia a su patria?”. y luego, de golpe: “¿Te gustaría hacer alguna reseña para la *Revista de Historia de América*?”

Por esos mismos años, hacia 1951 o 52, don Agustín dirigía la sección lexicográfica del *Diccionario Enciclopédico González Porto*, y como mi reseña bibliográfica no debió parecerle tan mal —sobre todo después de las correcciones que él mismo tendría que hacerle— en otro encuentro fortuito en el patio de fray Alonso, me invitó a colaborar en ese Diccionario. Fui a buscarlo, sin mucha convicción, a la propia editorial. Al fondo de una atestada galería de galeotes, estaba don Agustín sentado muy a sus anchas ante un escritorio atiborrado de cuantos libros, papeles y papeletas se puedan imaginar. Sobre su rostro rosáceo no caían ahora las luces gloriosas de un emplomado vespéral, sino la cal seca y ofensiva de una lámpara de neón. Me presentó con un señor Sapiña y —oh milagro ya tenía yo un escritorio y una tarea: la de redactar las fichas de algunos pintores de segunda o tercera fila. Lo hice con dedicación: mientras aprendía la lengua, revisaba primero las fichas correspondientes de la *Grande Enciclopedia Italiana* sí, la de Mussolini, quién lo dijera— y con base en unas notas hipotéticas redactaba la nueva ficha en español. Antes de que yo las entregara a los despiadados hacía lo mismo con las de otros las revisaba don Agustín, que colaboradores mucho más avezados que yo. Trabajé allí poco tiempo, pero dejé algunas fichas sobre pintores correspondientes a las letras R y S, que acabaron siendo orgullosamente firmadas por Juan Sapiña.

No volví a ver a don Agustín por unos años, los mismos que pasé en Guanajuato y Jalapa como incipiente profesor en sus Escuelas de Letras. Para adelantar en la carrera no bastaba ser pasante, había que escribir la tesis para optar al grado de Maestro, y decidí hacerlo sobre la influencia de Góngora en los poetas novohispanos. Me alentaban a ello los libros —recién leídos entonces— de Dámaso Alonso y Alfonso Méndez Plancarte. Me iba bien de la mano de esos sabios pioneros, que siempre me ponían en la ruta correcta. Pero no me entendía a mí mismo cuando, por seguirlos a ellos, me extraviaba en los vericuetos de los acusativos a la griega y los ablativos absolutos. No lo pensé más: me fui a ver a don Agustín, que por entonces ya había escapado de los cómitres voraces de la empresa privada y era investigador de la Biblioteca Nacional en la UNAM. La Biblioteca Nacional tenía su sede en el “pericolante” templo de San Agustín y hasta allí me fui en su busca. Lo encontré rodeado de viejos libros, antiguos amigos y nuevos compañeros (Ignacio Mantecón, Manuel Alcalá, Roberto Moreno de los Arcos, el jovencísimo Ignacio Osorio. . . ), pero ahora todos ellos de mayor nobleza que los que antaño lo circundaban en las oficinas de la Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana. Una vez más, como por penitencia, don Agustín aceptó ver mis papeles; seguí sus consejos

y los utilicé de la manera más parca que me fue posible: con llaneza, huyendo de toda afectación y pedantería.

El que por fin se halla en posesión de un grado académico ha de celebrar esa trabajosa victoria en unión de sus mejores amigos, tal como se celebra la aparición del primer libro de poemas que quizá logre asentar nuestro nombre en las sagradas páginas de los suplementos culturales. Don Agustín asistió a la fiesta: —"Sé que se va usted a Venezuela... Haga lo posible por llevarme". No sé quién le dio la noticia, quizá yo mismo en mis apuros por obtener lo antes posible la fecha de examen. El hecho fue que, una tarde del 59, el Vicerrector de la Universidad del Zulia, un doctor Humberto Laroche, nos convocó por teléfono a Adolfo García Díaz ya mí para que cenáramos con él y aceptáramos hacemos cargo de la dirección de las Escuelas de Filosofía y Letras, respectivamente. Adolfo me decía: "¿Qué sabes tú de Maracaibo?" y antes de que yo atinara a responderle, mostró una vez más su súbita erudición literaria: "Sí, hombre, el lago de Morgan y sus piratas". y allá nos fuimos, ahora no importa cómo. Lo que sí importa es que me quedé perplejo con la petición de don Agustín. Pensé que se trataba de una manera refinada e insólita de felicitarme por un destino que él consideraría promisorio. Pero pronto se encargó de desvanecer las ambigüedades de mi interpretación: en efecto quería ir a Maracaibo o, por mejor decir, quería irse de México. Muchos problemas económicos parecían atenacearle, muchas complicaciones familiares que nunca me propuse averiguar.

Por supuesto, el entonces rector de la Universidad del Zulia no sabía quien era don Agustín Millares ni tenía por qué saberlo: era un médico de liberal rudeza empeñado en sacar adelante una universidad pública en los peligrosos tiempos de la restitución de la democracia venezolana. (Todavía recuerdo el fervor oratorio con que convocaba a los profesores para que nos alistáramos a combatir el alzamiento del general Castro León en las montañas de Táchira). No habían pasado seis meses de haber iniciado mis tareas en Maracaibo, cuando logré convencer a las autoridades universitarias de que la presencia de don Agustín sería crucial para garantizar el éxito de aquella Facultad de Humanidades y Educación que habían decidido fundar, nunca supe bien si por conveniencia política o por conciencia académica. Se le contrató no sólo como profesor de latín en la Escuela de Letras, sino como director de una Biblioteca universitaria que era herencia de los afanes civilizadores de uno de los más nobles hijos de la zona tórrida: don Rafael María Baralt. Lo primero que hizo don Agustín fue dar sus sabios consejos para que tomase buen rumbo la edición de las obras completas de Baralt que por entonces empezaban a imprimirse, y aunque había una Comisión Nacional compuesta por un buen número de ilustres venezolanos, resultó muy conveniente que don Agustín se incorporara a ella como Coordinador especial.

Tampoco pasó mucho tiempo sin que don Agustín desahogase en Maracaibo su incontenible pasión bibliográfica. Se propuso que todos los profesores de la Facultad de Humanidades nos convirtiéramos en los redactores cautivos de una revista de Recensiones, y lo logró en efecto: pese a publicarse en una provincia poco menos que remota, fue notable entre las de su género por su universalidad y pulcritud. Deseosos ambos de que la Universidad del Zulia contara lo antes posible con publicaciones que le ganaran crédito a los estudios humanísticos recién iniciados, don Agustín fundó un bien abastecido *Boletín de la Biblioteca General* y yo proseguí editando el *Anuario de Filología* que concebí desde mi llegada a Maracaibo con el propósito de no combatir a solas con los fantasmas de la crítica literaria.

No puedo detenerme ahora en detalles más particulares: aquellas charlas nocturnas —después de clase— en algún establecimiento refrigerado donde aliviábamos el permanente sofoco de la jornada; las sueltas remembranzas de México y España; los acuciantes proyectos; las sabrosas trivialidades de nuestra Barataria. Después de siete años de sofoco, gané en 1968 el derecho al disfrute de un sabático (no digo dónde, porque esta no es mi historia). Al retorno, supe con alegría que don Agustín había sido nombrado Director del Museo Canario y que se proponía alternar sus estancias entre las universidades del Zulia y de La Laguna. Pero en realidad no fue así: ambos volvimos, casi por los mismos años, a nuestras verdaderas patrias: él a sus “Insulas afortunadas” y yo a la que era todavía la más transparente región de mis recuerdos.